

XXIV Pregón  
de las Glorias  
de la Asunción  
de Nuestra Señora  
en Cuerpo y Alma  
a los Cielos

**FCO. JAVIER SEGURA MÁRQUEZ**

Cantillana

31 de Julio de 2009

Iglesia Parroquial de Nuestra Señora  
de la Asunción

## INTRODUCCIÓN

Que no, Señora, que no,  
no puedo guardar silencio.

Porque si yo me callase,  
no me cabrían por dentro,  
la devoción, el cariño  
y el fervor que yo te tengo.

Que no, Señora, que no,  
no puedo guardar silencio,  
que me salen sin pensarlo,  
las palabras y los versos,  
pensando que no es mentira,  
ni fantasía ni invento,  
que no es que yo lo imagine,  
que no es que esté suponiendo,  
es que estoy aquí, Señora,  
para ser tu pregonero.

Que este atril es este atril,  
que desde el coro contemplo,  
el atril donde te hablaron,  
asuncionistas de peso.

Pueden servirme de muestra  
Pérez, “el Baratillero”  
y Miguel Ángel Martínez,  
y Antonio Santiago, el médico,  
Don Giovanni Lanzafame,  
y antes, antes de eso,  
también Ramón de la Campa  
Pepe Rubio, que es un genio,  
y Antonio Muñoz Maestre,  
y José Antonio “el Cañero”.

Entre personas tan grandes  
un sitio yo no merezco.

Yo debiera estar allí,  
en el coro, que es mi puesto,  
en el banco de los bajos,  
que hacemos lo que podemos,

aplicando lo que enseña  
Bermúdez, que es el maestro.  
Perdonad si me equivoco:  
es la emoción, son los nervios,  
al ver uno donde está,  
al verse donde lo han puesto.  
Que no, Señora, que no,  
no puedo guardar silencio,  
porque si yo me callase,  
se oirían como en eco,  
las campanas, los cohetes,  
el llamador y el revuelo  
que formara cada gota  
de la sangre de mi cuerpo,  
que al pasar como en galope  
desbocado por mi pecho,  
fuera tornando el latido  
en singular palmeteo.  
Que no, Señora, que no,  
no puedo guardar silencio,  
que este bendito regalo,  
me sobrepasa, lo siento,  
y no sé yo si sabré,  
cumplir con cargo tan bueno,  
porque hablar de la Asunción  
a la gente de su pueblo,  
aunque lo hayas hecho ya,  
aunque no seas nuevo en eso,  
siempre hace temblar las manos,  
y el pulso, porque me siento  
para pagar lo que hacéis,  
indigno y falto de méritos.  
Solo encuentro dos palabras,  
familiares, algo nuestro:  
pregonar a la Asunción,  
cantar vuestro sentimiento,  
es tener como el retablo,  
un privilegio perpetuo.

Privilegio que esta noche,  
con humildad agradezco,  
saludando al cura párroco,  
a la Junta de Gobierno,  
al Alcalde, al Juez de Paz,  
Guardia Civil, y al esfuerzo  
de la Local Policía,  
y a los demás estamentos.  
Doy gracias por los honores,  
que el presentador me ha hecho  
pero por joven y pobre  
no puedo yo ser tan bueno.  
Ante todo y sobre todo,  
porque a vosotros me debo,  
a este pueblo asuncionista  
del que ni una queja tengo,  
saludo con efusión,  
igual que en nuestros encuentros,  
de camino a la novena,  
en los que yo tanto aprendo.  
Aunque fuera solamente  
para dar gracias, ya veo  
un motivo ineludible  
para no guardar silencio.  
¡Ay de mí si yo callara!  
¡Ay de mí si yo no llevo  
a la Asunción donde vaya  
igual que un cantillanero!  
A todas partes que voy,  
yo lo anuncio, yo lo cuento,  
e invito a todos que vengan,  
a ver prodigio tan cierto.  
Por eso, Reina y Señora,  
no puedo guardar silencio.  
Yo sin nombrarte, Asunción,  
ni un día tranquilo me duermo,  
te tengo por todas partes  
de la casa, yo te rezo

sin quererlo, porque solo  
viene tu nombre al recuerdo.  
Va la devoción más rápido  
que el pensar y el intelecto,  
y digo ¡Asunción Gloriosa!  
y ya está todo resuelto,  
y si me acucian los males,  
y en problemas desespero,  
te acaricio en la medalla  
¡qué buen regalo me hicieron!  
Por eso, tú me comprendes,  
no puedo guardar silencio.  
Porque sin decir que estoy,  
casi que aún no lo creo  
desde que Antonio Meléndez  
me lo dijo, yo no espero  
que pueda seguir hablando  
ni pueda guardar silencio.  
¡Que todos los compromisos  
de la vida sean cual esto!  
Esto no es dar un Pregón  
¡esto es cumplir lo que anhelo!  
¡esto es subir desde el Llano  
a un palacio de portentos!  
¡A la Iglesia Parroquial  
que te nombra sin remedio!  
¡Parroquia de la Asunción,  
sin apellidos por medio!  
Que no, Señora, que no,  
no puedo guardar silencio.  
Porque si sólo contara  
esta vez el pensamiento,  
os juro que yo creyera  
que estoy soñando el momento,  
y si yo me despertara,  
vieran mis ojos abiertos,  
que no es la entrada de agosto,  
que está cerrado su templo,

y ella está puesta en el trono,  
igual que siempre la vemos.  
¡Qué bien nos acostumbró  
el Rey Fernando Tercero!

Pero resulta que no,  
que es verdad, que no hay remedio,  
que las gradas y el dosel,  
a diario no están puestos.

Por tanto, va a ser verdad,  
que no, que no estoy mintiendo,  
que en dos horitas escasas,  
como dijo el Carretero  
al comenzar su pregón,  
habrá regresado el tiempo.

Ya está toda Cantillana  
en vigilia, hasta el momento,  
en que recorra las calles,  
lo mejor del Universo.

Que no, Señora, que no,  
no puedo guardar silencio.  
Que hoy tengo yo que ofrecerte  
mis más hermosos requiebros.

Ya soy lo que yo soñé  
por lo que tú sigues siendo.

Aquí me tienes, María,  
aquí, Señora, te tengo.

Por eso, sólo por eso,  
no puedo guardar silencio.

Todo tu pueblo te mira,  
y yo te quiero y te quiero.  
Yo me estoy volviendo loco  
con pensar lo que ahora pienso.

Pensar que se hace verdad  
esta ilusión, este empeño.

¡A los pies de la Asunción  
voy a ser su pregonero!

## UN ALTAR DE NOVENA DIFERENTE

Aquí me tenéis. Entregado a vosotros, a este amor de siglos, a este amor sin límites que es, supone y significa la Asunción de Cantillana, epicentro de todos los sentires, faro de nuestra vida navegante, santo y seña de nuestra propia identidad y de nuestra misma historia. Vengo con muchas vivencias acumuladas en este año, en que he tenido la suerte de ser nombrado Pregonero de las Glorias de Sevilla. En aquel Pregón también estuvo presente la Asunción, y al mismo Cardenal le sorprendió la respuesta de aquella embajada asuncionista que me acompañó cuando nombré a la Asunción Gloriosa. He vivido desde entonces con el cariñoso encargo de pregonar la entrada de Agosto.

Esta noche empieza todo, si es que alguna vez terminó la fiesta en los corazones de sus hijos, en el DVD en invierno, en el boletín sobre la cómoda, en el calendario en la cocina, en la medalla en el coche, en el nombre de las niñas recién nacidas vestidas de ángeles. Sin dudarlo, la fiesta de la Asunción no termina nunca.

Se renueva cada año en esta noche, que es aquella antigua de los campanilleros, la de las mujeres cantando con panderos y campanas las coplas antiguas. Esta noche vuelve a vestir de impaciencias las tertulias en el patio o al fresco de la puerta. Yo sé que hoy es noche de celebración, pero voy a ponerlos a todos a trabajar por nuestra Asunción Gloriosa.

Le hace falta al prioste que le echemos una mano. Con el lío del reinado, ha preparado las gradas, el dosel, las flores del Pregón... pero faltan muchos detalles. Yo sé que normalmente este altar, para el día 31 de Julio, suele verse algo desnudo, como para no restar importancia a los cultos solemnes que lo tendrán como protagonista mediado el mes de la Virgen. Sin embargo, yo creo que esa falta de adornos, de primores, tiene un fundamento que voy a contaros.

**Mirad a nuestra Asunción.  
Mirad qué porte, qué encanto.  
Mirad la toca de tules  
su carita acariciando.  
Mirad las gradas de plata  
con el metal cincelado,**

mirad qué buena peana,  
mirad el dosel tan alto.  
Ella se ve insuperable,  
mas se ve que falta algo.  
Sabéis bien de los afanes  
del artista Romualdo,  
que hace brillar nuestro estilo  
desde Agosto al besamanos.  
Sin embargo, en el Pregón,  
este altar inacabado,  
no merma nuestro esplendor.  
Es verlo y estar soñando,  
todo lo que yo pondría  
-Romu, te pido permiso  
por ser yo el prioste un rato-.  
Yo pondría más de cien velas,  
candeleros, candelabros,  
jarras, ánforas, tibores,  
manteles, lienzos, damascos,  
consolas, sacras, credencias  
con doseletes bordados,  
alfombras, bancos, sillones,  
bandejas y relicarios,  
joyeros para la Reina,  
insignias y Simpecados,  
ángeles que la adoraran,  
y querubines simpáticos,  
y arcángeles en la nube,  
con atributos marianos,  
y la Medalla del pueblo,  
y ciriales e incensarios,  
dalmáticas y ropones  
hechas por experta mano,  
casullas, capas pluviales,  
paños de hombros fantásticos,  
y para Dios manifiesto,  
para Dios sacramentado,

cuando el Domingo Intermedio,  
nos bendice soberano,  
rojo, color de su sangre,  
un incomparable palio.  
Todo eso yo pondría.  
Ustedes diréis: hermano,  
así lo montamos siempre  
y es nuestro orgullo y encanto.  
Aunque se haya puesto siempre  
no podemos conformarnos.  
Ella pone su belleza,  
imán de propios y extraños,  
pero nos queda a nosotros  
el dulcísimo trabajo,  
de que la Asunción Gloriosa,  
después de doscientos años,  
siga sin que pueda nadie  
superarla en lo logrado.  
Por eso os requiero, amigos,  
para cumplir con mi encargo,  
hay que montar este altar,  
hay que dejarlo arreglado,  
para que el día catorce,  
cuando termine el Rosario,  
las mujeres de mantilla  
pongan el broche esperado,  
y la iglesia nos parezca,  
paraíso adelantado.  
Por eso, del sentimiento,  
yo os lo pido, yo os reclamo:  
dadme rosas y claveles,  
que crezcan en vuestros patios,  
dadme flores de colores  
para el sepulcro sagrado,  
pétalos de despedida,  
dadme los jazmines plácidos,  
dadme flores que perfumen  
la hermosa tarde cantando,

mientras mirándola a Ella  
causa de vuestros milagros,  
flores de cristal me dais  
mientras me las dais llorando.  
Dadme vuestros corazones  
ardiendo de amores santos,  
dadme vuestra propia vida,  
dadme los brazos en alto,  
dadme los vivos, los rezos,  
dadme el Himno, venga dádmelo,  
con todos vuestros amores,  
voy a diseñar el magno  
plantel de cera y de luces  
de este altar casi montado.  
Y cuando no os quede nada,  
y esté el pueblo sin negarlo,  
consumido aquí a las plantas  
de la Dueña del Retablo,  
y cuando quede concluso  
el altar que estoy montando,  
diréis que valió la pena  
darlo todo y entregarlo.  
Ella os pagará con creces  
tanto esfuerzo y sobresalto,  
concediéndonos graciosa  
todo lo que le pidamos.  
Hay que montar cada día  
un altar extraordinario.  
Todo lo que tú le traigas  
será un adorno ensoñado  
y habrá un altar de novena  
cada día, todo el año.  
Tráele tu corazón,  
tu devoción, tu trabajo.  
¡Sobre el altar de novena  
la Asunción te está esperando!

## LOS ÁNGELES DE LOS COROS DE LA ASUNCIÓN

Ella nos aguarda, para que en ella reconozcamos la grandeza de Dios Creador. Para que admiremos la glorificación con que la ha premiado y adornado. Todos esos elementos tan ricos que os he pedido los tenéis, los tenemos a nuestro alcance y sólo tenemos que aunar esfuerzos para conseguir todo lo que nos proponíamos.

Ya se hizo realidad el proyecto del paso, labor que comenzaron hace más de un siglo aquellos hermanos nuestros y hoy nosotros hemos conseguido que en su riqueza y elegancia sea el digno trono para la Soberana de los asuncionistas en la noche esperada del Quince de Agosto. El año pasado, vimos como la canastilla del paso, obra de Francisco Verdugo, se completaba con unos ángeles de Fernando Aguado. Aquí en Cantillana tenéis esa máxima: que no le falten ángeles a la Virgen Asunta.

Cuando lee uno los escritos de todos aquellos santos y beatos que inspirados por tan hermoso misterio nos dejaron escritas meditaciones y reflexiones sobre la Gloriosa Asunción de Nuestra Señora, todos resaltaban la presencia de los coros celestiales, de los ángeles que acompañaban a María en su viaje a la celestial morada.

Que no le falten ángeles a la Virgen Asunta. Por eso, el escalofrío al saber que nace una niña asuncionista. Que no le falten ángeles a la Virgen Asunta. Ángeles que canten sus Glorias, de los que tenemos en este pueblo una buena colección. Tenemos la suerte de que nuestra Hermandad cuenta con tres coros que sirven a la corporación y que dignifican nuestros cultos y actos.

El Coro de Ángeles de la Subida, por el ser más tierno e inocente, el que tiene el privilegio de formar parte de ese Misterio que hace enmudecer a Cantillana y al mundo entero. El Coro Flamenco, que sabe poner a nuestra Subida la distinción y el carácter propio de la tierra andaluza. Y el Coro de la Novena, que convierte la liturgia en deleite de los sentidos. Tres coros de ángeles, que dan voz a los que en el Trono, en el paso, en la carreta o en la Subida, no abandonan a nuestra Virgen Asunta al Cielo.

Los ángeles de la nube  
os digo yo que se quedan,  
admirados esos días,  
en los que el coro interpreta,  
con devoción y cuidado,  
las coplas de la novena.  
Los ángeles obedecen  
a lo que el coro les ruega,  
cuando cantando a tres voces  
les dice: “Abrid esas puertas”.  
Y cuando el pueblo expectante  
ocupa la iglesia entera,  
celebrando el día quince  
la especial función de iglesia,  
dicen que se queda en nada  
“la plácida aurora bella”,  
a la vera de la luz  
de la Asunción, “pura estrella”.  
y afirman: “la Rosa Mística  
más regalada es ella”.  
Los ángeles, con Naranjo,  
le repiten en la ofrenda:  
“Salve a ti, Asunción Gloriosa,  
Dios te Salve, gracia plena,  
mientras que sube radiante  
hasta la región serena”.  
Los ángeles a las voces  
dicen que es verdad y no yerran,  
que ella sube “Como el sol”  
hasta la heredad eterna.  
Ellos ponen en sus labios  
lo que el coro canta y reza,  
cuando dice: “Sois del cielo,  
la Emperatriz más excelsa”.  
Un ángel canta a la Virgen  
cuando cantan “¡Quién pudiera!”,  
y dos querubenes parece  
que se unen en la letra

del “Purísima Paloma”,  
el solo de “¿Quién es esta?”.

A los ángeles les gusta  
“Como flor”, porque con ésa,  
despiden el día del Dogma  
el Rosario de la vuelta.

Ellos cantan con nosotros  
siempre “Hoy el mundo contempla”,  
“Mirad que hermosa camina”,  
también la gozan y anhelan.  
Total, los “Ángeles bellos”.  
diez días de gozo se llevan.

Les hace llorar Borrego,  
cuando el último día llega,  
y cantan la Despedida,  
más se le alivia la pena,  
sabiendo que aunque repitan,  
“Adiós, Adiós”, no se ausenta,  
y siempre vuelve Septiembre,  
y siempre vuelve la Fiesta,  
nuestra Fiesta de volver  
a verla en el Trono puesta.

La Subida, en la que siguen  
los ángeles en la senda  
de dejar que nuestras voces  
las que canten a Ella sean.

El Coro de la Subida  
va con renovadas fuerzas,  
por cantar en esos días  
lentos de alegría nuestra.  
Son ángeles que han cambiado  
la indumentaria primera,  
por sombreros panameños  
y vestidos de flamenca.  
Y son ángeles que cantan  
“Por fin llegó” lo que anhelan,

“por su cara y por su pelo”  
en canciones se recrean  
y en la Misa de Romeros  
con la liturgia completan,  
todas las ansias, los sueños  
que un año entero se encierran.

Ángeles en los balcones,  
los que honran la carreta,  
no encontrando otro lugar  
donde el milagro se diera.

Y son ángeles por fin,  
los que a la parroquia llegan,  
y se suben a las gradas  
y allí la Guapa nos deja  
ese buen sabor de boca  
que dan las cosas bien hechas.

¡Ay cuándo las niñas cantan,  
Dios mío, quién es la bella,  
que sube al brazo apoyada  
del Rey del Amor! ¡Qué escena!  
¡Son en verdad los querubes  
los que cantan e interpretan.  
Tiene tres coros de ángeles  
la Asunción, y es cosa cierta.

Los ángeles de verdad  
por eso mudos se quedan.  
Porque saben que otros ángeles  
cumplen de forma perfecta,  
el papel de hacer sonar  
armonías bien dispuestas.

Ángeles que desde el mundo  
no se cansan de quererla.

Ángeles asuncionistas,  
niñas, flamenco y novena.  
Ángeles que permanecen,  
en el coro de la iglesia.

¡Ángeles cantillaneros  
para cantarle a su Reina!

## LA GLORIA CONTEMPLADA EN LA ASUNCIÓN

Para cantarle a la Reina del Cielo nos hemos reunido aquí, a sus plantas, ahora que han llegado los días consagrados a su nombre. Ahora que vemos tan cerca su Asunción, ahora que estamos escribiendo las últimas líneas de esa Protestación de Fe, que, siempre igual y siempre distinta, en los labios del salmo, volverá a renovar el compromiso de fe de nuestra Hermandad Asuncionista.

Protestación de fe que nosotros podríamos completar con las palabras de San Alberto Magno: “Creemos que murió sin dolor y de amor” y afirmando con San Francisco de Sales que tuvo “una muerte en el amor, a causa del amor y por amor”. Una muerte que la unió con su Hijo Jesús, y que para Ella fue, como nos dirá San Pablo el día 15 de Agosto en las lecturas, “el último enemigo aniquilado”.

Así la contemplamos, subiendo victoriosa, atendiendo a la llamada, como si escuchara las palabras del Señor que nos legara San Germán de Constantinopla: “Es necesario que donde yo esté, estés también tú”. Por eso la Asunción asciende arrodillada, postrada a la voluntad altísima. Francisco Montero Galvache nos recordó aquellas palabras de Rubén Darío: “¿Qué madre no se arrodilla antes las cosas grandes de su Hijo?”. Ella es la Virgen que rezamos en la Salve: “Después de este destierro muéstranos a Jesús”, por eso la Asunción vuelve sus ojos a la gloria. Allí, como relatan los místicos, “quedó absorta como anegada de aquel océano de divinidad. Fue “una gran fiesta en el Cielo”.

Una gran fiesta en Cantillana que se extiende y se propaga al mismo ritmo que su procesión. Una gran fiesta que nos hace imaginar que esto mismo que contemplamos se vería en el cielo cuando la Asunción primera.

Una fiesta en Cantillana que tiene para el pregonero un momento culminante antes de Martín Rey, antes de las Veredas, antes de la Cuesta del Reloj. Yo me refiero a la Cuesta del Caco, pero no a la cuesta en sí, sino a ese gesto de la Virgen que nos hace comprender tantos piropos a ella dirigidos. Una fiesta en Cantillana que tiene toda su razón de ser en la contemplación de la Madre...

La mano del brazalete,  
la mano de la barbada...  
Y entre sus manos el pecho,  
y en su pecho cobijada,  
el ansia por ser de Dios,  
que la busca y que la llama.  
El manto azul bien terciado,  
firme la túnica blanca,  
sobre el dorado del cuerpo,  
la melena derramada,  
mientras la Madre Divina  
asciende sin ser notada,  
las rodillas escondidas  
sobre las nubes tan blandas.  
Esa es la visión del cielo  
que mis versos hoy declaran.  
Esa visión admirable,  
que se realiza sin falta,  
cuando el día quince de agosto,  
las calles visten de gala,  
porque sales a buscarnos,  
locura de Cantillana.  
Se vuelve loca la torre,  
en repiques de alabanza,  
adornada su figura  
de ilusión celeste y blanca.  
Se vuelven locos contigo  
la tarde que no se marcha  
y la noche que ya sabe  
que ha de gozar tu prestancia.  
Volvemos locos contigo  
es lo que siempre nos pasa,  
es una buena costumbre  
perfectamente enseñada,  
es algo que no se evita  
ni se esconde ni se calla,  
¡cómo se va a callar uno  
teniendo esta Madre Santa!

Y porque no nos callamos,  
porque para eso harían falta,  
celdas de la antigua cárcel  
que el sentimiento apresaran,  
por eso, desde que entramos  
y te vemos colocada,  
siempre en tu sitio de siempre  
y vemos llegar la banda,  
cuando se enciende tu paso,  
y Antonio Santiago manda,  
que nadie la vea subir,  
los nervios ya no se aguantan,  
y emprenden los corazones  
y las manos elevadas,  
a lanzarte los piropos,  
a lanzarte las plegarias.  
Igual que flechas ardientes  
son los vivas que se ensartan,  
uno con otro y componen  
oraciones inspiradas,  
que siempre ponen “Amén”  
con esas quince palabras,  
que dicen tanto en tan poco:  
“Guapa, guapa, guapa, guapa,  
Reina y Reina y Reina y Reina”,  
y en ovación se rematan.  
Se quedan las emociones  
con el mirarte extasiadas.  
Mirarte, Madre, supone  
comprender por qué con ganas,  
nuestro gozo te define,  
señorío y elegancia,  
majestad, temple y finura,  
cuando contempla tu estampa.  
Mirarte, Madre, argumenta  
tantos llantos que te aguardan,  
tantos “te quiero” unidos  
que con su efusión te embargan,

tanto amor entre la bulla  
que te sigue a donde vayas.  
Aquel que vio a la Asunción  
dejó vista ya la gracia,  
dejó vista ya la luz,  
dejó vista la esperanza,  
y en la Asunción contempló  
lo que el cielo nos depara.  
Yo os pido que recordéis  
un instante que en mi alma  
guardo para recordar  
con emoción y nostalgia.  
No os convoco a la salida,  
apoteosis sagrada,  
no os convoco a ese momento,  
que es tradición y me encanta,  
cuando veo pasar la Virgen  
por casa de la Santana,  
yo os llevo más adelante,  
ya de noche, cuando pasa  
la Hermandad y va buscando,  
la Asunción enamorada,  
los gozos de un Martín Rey,  
donde dicen que la aguarda,  
este año insuperable  
monumental petalada,  
después del Himno grandioso  
-a ver si la luz no falla-.  
Martín Rey, que Pepe Asián,  
en sus áureas pinceladas,  
la vestirá de celeste  
cuando Septiembre nos traiga  
la Subida hasta su Trono...  
Pero espera, no te vayas,  
por Castelar ve a su encuentro,  
vive su ambiente que aguarda,  
ver como Nati Carrero,  
a la Virgen da las gracias,

por aquel milagro santo  
palpable que ella nos narra,  
cuando la Asunción pasó  
por la puerta de su casa.  
Antes, antes, más arriba,  
ven a ver a nuestra Guapa,  
cuando en la Cuesta del Caco  
lenta, lenta, lenta baja.  
¡Qué me gusta verla allí,  
de su gente rodeada,  
ver como sus costaleros  
que mejores no la hallaran,  
van despacito meciéndola  
hasta que la Cuesta acaba!  
¡Ahí es donde yo digo  
que la esperes! ¡Ahí se emplaza  
aquella primera vez  
que mis ojos la miraran!  
¡Yo no entendí por qué hizo  
la Virgen cosa tan rara!  
¡Volverse hacia aquella calle  
y no entrar y no pisarla!  
¡Volverse a mirar los fuegos  
y la explosión de las tracas,  
y luego sobre sus pasos  
volver y quedar parada!  
¡Yo entonces no lo entendí!  
¡Mas yo se que así pagara  
la Asunción tanto cariño  
de los que allí la esperaban!  
Allí en la Cuesta del Caco  
con Castelar, bien se palpa,  
se comprende y se recuerda  
tu grandeza inigualada.  
Porque yo aprendí a mirarte,  
y al mirarte me admiraba,  
Yo llegué a la conclusión  
de que lo que yo miraba,

era lo que habría que ver  
en la celestial morada.  
Allí en la Cuesta del Caco,  
en la revirá soñada,  
comprendí por qué te dicen  
que eres completa y no acaban  
de gritarte y de decirte,  
¡qué distintiva alabanza!  
“te mire como te mire,  
hija, por Dios, qué elegancia”.  
Y es que verdad, Madre mía,  
y es que no exageran nada,  
te mire como te mire,  
veo el lugar en que descansas.  
Te mire como te mire  
¡qué perfección, Soberana!  
¡Yo veo la Gloria del Cielo  
aunque te mire de espaldas!

## **LA HERENCIA EN LOS BESOS DEL DÍA DEL DOGMA**

¡Qué me gusta mirarte, Asunción Gloriosa! Mirarte en cada momento de tu recorrido es entender tanto cariño que te profesan tus hijos. ¡Cuánto nos alegra verte sobre esa nube de ángeles, sostenida en las manos de quince angélicos seres, quince que van llegando día tras día en agosto para acompañarte en tu procesión!

En místico arrobamiento te contemplamos, encumbrada sobre el sepulcro, tan alta que se dijera que no podríamos gozarte cerca de nuevo. Pero habrá de llegar el día del Dogma, y con él, tu estancia entre nosotros expuesta en Besamanos, convertido el presbiterio en genial salón de Trono, envidia de los palacios reales del mundo, para que en él ocupe su sitio la Soberana y en él reciba nuestra atenta pleitesía.

Venimos a cumplir con el Voto que en la Función de iglesia hemos renovado por la mañana. Guardamos nuestros besos para dejarlos sobre tus manos, sobre aquellos besos que antes dejaron otros y que besamos y recordamos al besarte.

Después de tantos siglos, después de tanta historia asuncionista, el Día del Dogma volvemos a afirmarnos en nuestra porfía de amor, en ese legado de tantas generaciones depositado en nosotros. ¡El Día del Dogma! ¡Cuántos besos en los besos se han escrito!

**Mira que se acaba todo.  
Mira que ese día mismo  
empieza para nosotros  
el invierno largo y frío.  
Mira que después de eso  
el pueblo vuelve al sigilo,  
a los días siempre iguales,  
la vida vuelve a su ritmo.  
La fiesta queda guardada  
en el desván de lo íntimo.  
Antes de cerrar, nos queda  
ese regusto exquisito,  
esa última mirada,  
ese innegable delirio,  
ese presumir de Madre  
como presumen los hijos.  
El Día del Dogma renueva  
la Hermandad su compromiso.  
El Día del Dogma se hace  
como el día quince, lo mismo,  
la protesta de fe:  
“Así lo creo y lo afirmo”.  
Sólo hay una diferencia:  
que ese día que yo os digo,  
no hace falta que se deje  
un beso encima del libro.  
Ese día se renueva  
el juramento hermosísimo:  
creer hasta dar la vida,  
si es que así fuera preciso,  
por defenderla, la fe  
que bien nos han transmitido.**

Por eso es que no hacen falta  
vitelas de pergamino,  
ni Asunciones de pintura  
en medio de los capítulos.  
¿Para qué un libro de reglas  
estando el ejemplo vivo,  
la razón de ser expuesta  
puesta en este suelo mismo?  
Para el Dogma Cantillana  
cambia las pautas del rito,  
y en protesta de fe  
deja sus besos prendidos,  
en tus manos, soberana,  
que son pozos de cariño.  
En sus manos se entrelazan  
los besos desde hace siglos,  
y al besarla como siempre  
en nuestros besos escritos,  
van los besos que le dieron  
los que nos han precedido.  
Y es que en ella están los besos  
que dieron desde el principio  
a la Asunción de María  
los que fueron sus vecinos.  
En ti quedaron los besos  
del rey Fernando, que vino,  
y dejó en ti buena muestra  
de su hondo marianismo.  
En ella viven los besos  
de fervientes y aguerridos  
Caballeros de Santiago  
que fueron también sus hijos.  
En ella viven los besos  
de deanes del Cabildo,  
que tuvieron esta tierra  
mucho tiempo en sus dominios.  
En ella viven los besos  
de reyes y de arzobispos,

Mena y Anaya entregaron  
su alma a Dios en este sitio,  
aquí Isabel la Católica  
y Fernando, su marido,  
tomaron por unos días  
descanso en su real oficio,  
y de seguro estuvieron  
visitando aquel domingo  
la iglesia de la Asunción  
para el precepto eucarístico.

En ella viven los besos  
de aquel Condado antiquísimo,  
que la tuvo por Patrona  
-no se quede en el olvido-,  
los besos que dieron antes  
aquellos condes muníficos,  
que alzaron de nueva planta  
esta parroquia, y rendidos,  
a los pies de la Asunción,  
duermen el sueño infinito.

Darle un beso a nuestra Reina  
es besar los besos mismos,  
que dejó María de Cózar  
prometiendo por escrito  
una Hermandad Asuncionista,  
si de tan grande peligro  
el pueblo quedaba libre.

Nuestra Señora lo hizo,  
y guardó María de Cózar  
esos besos prometidos,  
para que aquellos que fueran  
por la senda que ella dijo,  
en su nombre se lo dieran  
a la Virgen que ella quiso.

Por eso, Virgen bendita,  
mi beso es el beso mismo,  
de aquellas tus mayordomas  
que reunieron beneficios,

mi beso es el de esos hombres  
y mujeres que en dos siglos,  
encontraron en tu nombre  
consuelo, paz y cobijo,  
mi beso es el beso aquel  
de los que vieron cumplido,  
el sueño de que tú fueras,  
el culmen de lo bonito.  
Darle besos a la Virgen,  
el día del Dogma, yo digo,  
es hacer de la Asunción  
un pozo hondo y fresquísimo,  
donde se quedan los besos  
que dejamos ofrecidos,  
donde se queda el recuerdo,  
la presencia y no hay olvido.  
En esas manos abiertas  
que ofrece, tienen presidio,  
todos los besos de amor,  
los primeros que habéis visto,  
los besos que vuestra madre  
le daba cuando eráis chicos,  
y ella en brazos os llevaba,  
y os sacaba del carrito,  
porque estaba allí la Guapa  
esperando tus besitos.  
En ella están esos besos,  
esos que la abuela os dijo.  
Antes incluso que hablarais,  
os quedó bien aprendido  
el gesto: “De la Asunción,  
hasta aquí, hasta aquí es mi niño”.  
En ella están esos besos,  
que emocionan al decirlo,  
los besos que se quedaron  
aquí, porque ya se han ido  
los que aquellos besos dieron  
a gozar del mejor sitio,

aquellos que os han dejado  
la herencia que yo bendigo.  
¡Por Dios, qué herencia más buena!  
yo con vosotros repito,  
porque yo soy de esa herencia  
año tras año testigo.  
La herencia de tanto amor  
tan intenso y encendido,  
está en los besos que dieron  
en sus manos los antiguos,  
los de ayer y los de hoy,  
todos los asuncionistas.  
En esos besos escrita  
está la herencia que admiro,  
y los besos están puestos  
sobre los dedos tan finos,  
sobre esa Virgen preciosa,  
mi cordura y mi delirio.  
¡Qué buena herencia, qué buena  
recibisteis sin distingo,  
todos los asuncionistas  
con sólo ser concebidos!  
¡Qué buena herencia, que buena!  
¡Esos besos que os repito!  
¡La herencia buena que es  
la Asunción, que os ha querido  
como sus fieles devotos,  
como fervientes discípulos!  
¡Qué buena herencia, qué buena!  
¡Qué legado recibido!  
¡Los besos sobre la Madre!  
¡Ella los ha bendecido,  
para adornar su belleza  
con el amor de sus hijos!  
¡Qué buena herencia, qué buena  
la Virgen ha repartido!  
Tú lo sabes, Soberana,  
es verdad lo que yo digo.

**¡Por este cordón celeste,  
todos, todos, somos ricos,  
porque la herencia mejor  
la disfrutamos contigo!**

## **LA SONRISA ASUNCIONISTA**

La herencia de ser asuncionista tiene que notarse en todo lo que hagamos. La grandeza de los asuncionistas, de aquellos que viven el celeste y el blanco, ha de manifestarse claramente en la forma de proceder. Hemos de actuar en consecuencia. Si la Asunción de la Virgen fue consecuencia del amor, nosotros también hemos de llevar la fe asuncionista, no sólo en el amor a la Virgen, sino también a la obligada caridad con el hermano que lo necesita.

Puede que algunos de nosotros podamos hacer bien poco, pero hay algo que no podemos negarle a nadie: la alegría asuncionista. La alegría de ese instante del recorrido de la Virgen en que la Asunción nos muestra el gesto de su satisfacción por verse rodeada de hijos tan buenos. A ese lugar os invoco para ofrecer siempre al que lo necesite un reflejo de la emoción que allí se vive y no se olvida. De hecho, yo os prometo que...

**Si no encontrara algún día  
la palabra que quisiera,  
si no encontrara manera  
para explicar la alegría,  
yo se que la mente iría  
a un rincón cantillanero.  
A un lugar donde yo espero  
cada año a la Asunción,  
en la triunfal procesión  
de la que soy pregonero.**

Un rincón. Calle no es.  
ni plaza, pero compite  
y se honra en que le visite  
todo el pueblo. ¿No lo ves?  
Un lugar que existe un mes  
y luego desaparece.  
Un lugar donde se ofrece  
la visión maravillosa.  
Allí la Asunción Gloriosa  
transfigurada se mece.

Allí no es ningún lugar,  
que señale el callejero.  
Allí es el Edén entero  
cuando la vemos pasar.  
Ella quisiera quedar  
descansando allí, sin prisa.  
En esa hora precisa  
en que el reloj se detiene,  
y tu pueblo en pleno viene  
a contemplar tu sonrisa.

¿Ya sabéis lo que os decía?  
Está claro, fácil fue.  
Ahora el verso te ve  
en genial mariofanía.  
Quiero decir que diría  
que es un milagro mariano,  
ese instante soberano,  
ese ratito en que estás  
suspendida hasta que vas  
paseando por el Llano.

¡Qué soberana prestancia!  
Es mirar...y no creerlo.  
Que no nos basta saberlo  
para quitarle importancia.  
¡Qué detenida elegancia!  
¡Yo canto a la luz vencida!  
¡La luz, que queda rendida  
junto a la luz de tus ojos  
y cae postrada de hinojos,  
a tu vera sometida!

Todo es luz, todo contento,  
no hay tristeza, la vencimos.  
¡Qué bien nosotros supimos  
cerrar la puerta al lamento!  
Por eso, porque yo siento  
que en la Asunción se cumpliera,  
a vosotros os pidiera,  
un gesto de caridad,  
que diera felicidad  
a aquel que no la tuviera.

En este mundo de hoy  
que sufre tantos problemas,  
hay que ser de la Asunción  
también dando al que no tenga.

Hay obras de caridad  
que se hacen sin quererlas,  
y el donativo mejor  
que aquí entregarse pudiera,  
es dar un gesto de afecto,  
como el que vemos en Ella.

El día quince de agosto,  
nuestra Asunción nos enseña,  
una forma de vivir  
que ha de ser nuestra bandera.

En ese arco de luces  
la Asunción nos da la muestra.

A todo el que esté sufriendo,  
a todo el que penas tenga,  
tratadle con alegría  
mientras su problema os cuenta.  
Que vea en vuestro cariño,  
y en vuestra mirada atenta,  
la sonrisa de la Virgen  
que todo el año se espera.  
¡Que en verdad tenga motivos  
ella para estar contenta!  
Sonreíd a los hermanos  
igual que sonríe ella!  
¡Que aquel que venga a buscar  
nuestra ayuda, siempre vea  
en nosotros la sonrisa  
de tan insigne maestra!  
¡Que no sea una ilusión!  
¡Que sea verdad manifiesta!  
¡Que vea en nuestra sonrisa  
siempre de sus penas cerca,  
la sonrisa de la Virgen  
en el Arco las Veredas!

## **CONCLUSIÓN. HOMENAJE AL FORASTERO**

Volviendo a su trono, la Virgen habrá dejado escritas una vez más las Fiestas consagradas a su nombre, que hoy nos disponemos a comenzar. Todo ha quedado ya bien dispuesto, el corazón alerta, la emoción a flor de piel, Cantillana revestida de Asunción y de celeste y blanco. Ahora nos toca disfrutar las fiestas, vivirlas con intensidad. Tened presentes a todos los que fueron asuncionistas con vosotros, y por los que vosotros sois de la Asunción.

Allí donde se encuentren y más si nos esperan en un sitio mejor, seguirán celebrando a la Asunción, y en un eterno Rosario de Víspera, la Virgen seguirá volviéndoles, no el Simpecado, sino todo su amor misericordioso.

A mí me toca terminar, pero no puedo olvidarme de mis propias circunstancias. Llevo cinco años entregando a Cantillana lo

mejor de mis pobres palabras, y me marchó con la tranquilidad de que, aun habiendo dicho tantas cosas, he dejado en el archivo muchos versos que querían haber venido conmigo. El corazón no se cansa de cantar a la Asunción, pero entiende que debe dejar su sitio a otros cantillaneros y otros devotos de la Asunción para que puedan ocupar esos atriles de privilegio que son éste de la entrada de Agosto y el de los Juegos Florales de la Coronación de la Reina, que también me corresponderá en el próximo septiembre.

Yo he dejado en estos atriles todo lo que vengo sintiendo desde aquel primer quince de agosto en que me trajeron a conocerla, y desde entonces he sumado a mis pocos méritos el sentir a la Asunción cerca y a la vez lejos. Esa es la devoción del forastero, que puede compararse con la de aquellos asuncionistas que vivieron en la distancia la fe a la Gloriosa. No puedo olvidarme de Ocaña, incomprendido por algunos, pero referente de la modernidad española y que llevó por todas partes la idiosincrasia cantillanera.

No puedo olvidarme de aquellos emigrantes que han salido de Cantillana para labrarse un futuro, y que han dejado entre nosotros un recuerdo excelente. Tengo que mencionar a mi amigo David, el hijo de Carmen Solís “la del Cuatro”, que desde Fuerteventura yo sé que está sintiendo este Pregón como si fuera suyo. A él le debo mucho también, y a lo que su familia me ha enseñado.

La distancia asuncionista. Porque la distancia también es de la Asunción, y a la Asunción nos une a todos los que no estamos con ella cada hora del año. Todos los que desde la provincia de Sevilla y en Córdoba, Huelva, Málaga, Granada, Alicante, Barcelona y tantos otros lugares de España estamos siempre pensando en la Asunción.

Sabéis, amigos cantillaneros y asuncionistas, que vamos a seguir junto a Ella, compartiendo vuestro cariño y devoción, admirando vuestra entrega absoluta a la Gloriosa, que nos ha embrujado de tal manera que no hay quien escape de esta locura de amor.

Ella tendrá también para sus forasteros un sitio, y cuando lo encontremos, tendremos un premio maravilloso. Dejádme terminar este Pregón hablando de nuestro sueño, hablando en su nombre.

Mi voz que se va apagando,  
es la voz de todos ellos.  
De aquellos que se quedaron  
prendados de tal portento,  
y ejercen con tanto gusto  
el papel de forasteros,  
aunque sentimos por Ella  
igual que candiles buenos.  
Porque decir Asunción  
nos llena el alma y el pecho,  
porque al encontrar en casa  
estampas que aquí nos dieron,  
vuela la mente y se viene  
hasta las calles del pueblo.  
Porque cuando empieza Agosto,  
sufrimos los mismos nervios.  
Cuando mediado Septiembre  
viene la Subida, pienso  
que están todas nuestras casas  
como las vuestras, por medio  
los sombreros de ala ancha.  
El mío sólo lo tengo  
para el día de la Subida,  
muchos me lo visteis puesto.  
Mi voz hoy será la voz  
de tantos que echan de menos  
la cola del besamanos  
del día del Dogma tan bello.  
Muchos quisieran de veras  
que hubiera forma de hacerlo,  
con sólo pensarlo estar  
a las puertas de este templo.  
Este tesoro de amor,  
que conserváis con esmero,  
a nosotros nos transmite  
algo especial, lo prometo,  
porque no es sólo la Virgen,  
ni la fiesta, que yo creo,

que quizá más emociona  
veros a vosotros llenos,  
veros llorar de alegría  
con tan tierno sentimiento,  
ver como os tiemblan las manos  
de devoción y de anhelo.  
Tenemos en Cantillana  
miles de buenos maestros:  
Demandantas y peanas,  
haciendo honor a su puesto,  
las niñas papeleteras,  
para su Virgen pidiendo,  
Reina y Damas, ¡qué belleza!,  
portadores y lanceros,  
las mujeres de las calles,  
los que las luces pusieron,  
gallardetes y tapices,  
¡benditos sois, hombres buenos!,  
los que le ofrecen su fuerza  
siendo hermanos costaleros,  
los que montan a caballo  
y alegres cogen los premios,  
y los que tiran cohetes,  
para que se entere el pueblo,  
los que nos abren las puertas  
de hospitalidad sin término,  
los que nos cuentan las cosas  
antiguas con que aprendemos.  
Sin embargo, hay una cosa  
que nos falta, porque en eso,  
los que somos de otro sitio  
diferenciarnos debemos,  
no nos corre por la sangre  
el nombre que bien os dieron.  
De la Asunción somos todos,  
pero en verdad, no podemos  
llamarnos asuncionistas,  
eso es de nacimiento.

Eso es una gracia hermosa  
que os toca por privilegio,  
es nacer blanco y celeste  
de un seno cantillanero.  
Nosotros llegamos tarde,  
ya crecidos a este puerto,  
y, si Dios quiere, la vida  
daremos en el intento  
de querer a la Asunción  
imitándoos por supuesto.

Así se pasen los años  
así se pasen los tiempos,  
vendremos porque digáis:  
ese niño es de los nuestros.

Y cuando falte la vida,  
y tras la muerte probemos  
la delicia de esa gloria  
que en ti de espaldas yo veo,  
resulta que por ventura  
de tu amor tan dulce y bueno,  
sin madre ya en esta tierra,  
con gozo presumiremos,  
que ya nuestra madre es  
Asunta en Alma y en Cuerpo.

Porque no se nos olvida,  
que tú subiste primero,  
para buscarnos arriba  
una silla. Y yo que pienso,  
que arriba habrá toas las noches,  
una Subida, y que luego  
cantará Juan Valderrama,  
en el Llano sempiterno.

Allí, cuando se termine  
este infeliz sufrimiento,  
sabremos por fin que eres  
la Madre que nos dijeron,  
y que allí estarás igual,  
que aquí en la tierra te vemos,

y no habrá ocasión ninguna  
como esta que yo cuento,  
para entender por qué estas  
con esos brazos abiertos.

Allí será la Asunción  
nuestra Madre, y Madre siendo,  
seremos todos sus hijos,  
seremos todos, y pienso,  
que estando ya allí en la gloria,  
no seremos forasteros.

Allí tendremos la dicha,  
de que en un triduo de invierno,  
nos impongan la medalla,  
como a los niños pequeños,  
y podamos con orgullo  
llevar el nombre que os debo,  
que os debemos los que un día  
llegamos y aquí se hicieron  
de lágrimas nuestros ojos  
nuestros anhelos cumpliendo.

Volveremos a nacer,  
de nuestra Asunción naciendo,  
y siendo ella la madre,  
y nosotros hijos, creo...  
que podremos sonreír  
alegres y satisfechos,  
porque después de una vida  
con vosotros aprendiendo,  
habrá llegado la hora,  
habrá llegado el momento.

Agosto no se irá nunca,  
y por fin cumpliré el sueño:  
podré nacer ese día  
asuncionista en el cielo!

HE DICHO.